

ARQUITECTURA

REVISTA MENSUAL, ÓRGANO
OFICIAL DE LA SOCIEDAD
CENTRAL DE ARQUITECTOS

PRINCIPE, 16

Año IX Núm. 100

MADRID

Agosto de 1927

BUITRAGO

UN HOSPITAL Y UNA IGLESIA DEL SIGLO XV

BUITRAGO es uno de esos pueblecitos misérrimos y cargados de interés que resisten los derrotes del tiempo en la monda cara de Castilla. Por una intantánea que aquí doy se puede tener idea de sus habitantes y de su caserío. Eso es hoy Buitrago, el señorío de los Mendozas.

Para quien sepa un poco de Historia basta decir el nombre de la gran familia. Buitrago fué poderoso, fuerte, rico, hospitalario, devoto. El gran poeta de las serranillas, el marqués de Santillana, D. Íñigo López de Mendoza (1398-1458) albergó allí, en su castillo, el año 1435, al rey Don Juan II. Y como el poeta es capaz de sentir la grandeza como la pobreza, todo a pleno corazón, levantó un hospital, el llamado de San Salvador, que es la única obra arquitectónica restante hoy de las muchas que mandó hacer. Además, uno de los hospitales más viejos que se conservan en España. Vale la pena el viaje al pueblecito sólo para ver esta reliquia. Aunque renunciéis a todas las evocaciones

que os motiven las demás ruinas y memorias con que os pondréis en contacto inmediatamente.

El hospital del Salvador lo fundó D. Íñigo antes de 1455; pues en su testamento de tal fecha hay una cláusula de dotación que dice: "Mando 20.000 maravedíes al hospital de San Salvador, que he mandado fazer en la mi villa de Buitrago; ítem, mando que en la iglesia de dicho hospital sean fechos tres altares, el primero en la capilla mayor, y este altar esté fecho con cinco gradas..., e sea puesto allí el retablo de los Angeles que mandé fazer al maestro Jorge Inglés, pintor, con la imagen de Nuestra Señora, de bulto, que yo mandé traer de la feria de Medina."

Esta cláusula, que se ha utilizado ya en varias ocasiones por los historiadores de arte es tres o cuatro veces interesante, porque afecta no sólo al Hospital, sino a la iglesia aneja y a las pinturas y esculturas que la enriquecían. Por ella se supo el nombre del pintor que hizo las bonisimas tablas,



BUITRAGO.—UNA CALLE.

guardadas hoy en Madrid en casa del duque del Infantado, con los retratos del Marqués de Santillana y de su familia, en actitudes orantes. Y por ella se sabe que la escalinata del presbiterio fué ordenada por el fundador. Este detalle puede parecer superfluo, pero como la iglesia es en extremo rara o curiosa, tiene interés. Luego hablaremos de ella.

El hospital es de una gran sencillez arquitectónica; un edificio de dos pisos, de tipo gótico-mudéjar, distribuido en torno a un patio de doble galería o *paseadero*, alto y bajo. Este, de arcuerías de ladrillo, arcos de medio punto y arrabá. El otro, de maderas, sencillas, pero graciosas. Los pilares de la galería baja son octogonales, con capitel y pedestal cuadrados. Los de arriba, casi lo mismo, puesto que las esquinas están achaflnadas.

Este patio es lo más importante del edificio y lo único que se puede ver, por estar vedado el paso al dormitorio a los viajeros que no traigan permiso especial. Se llega a él entrando por bajo esa

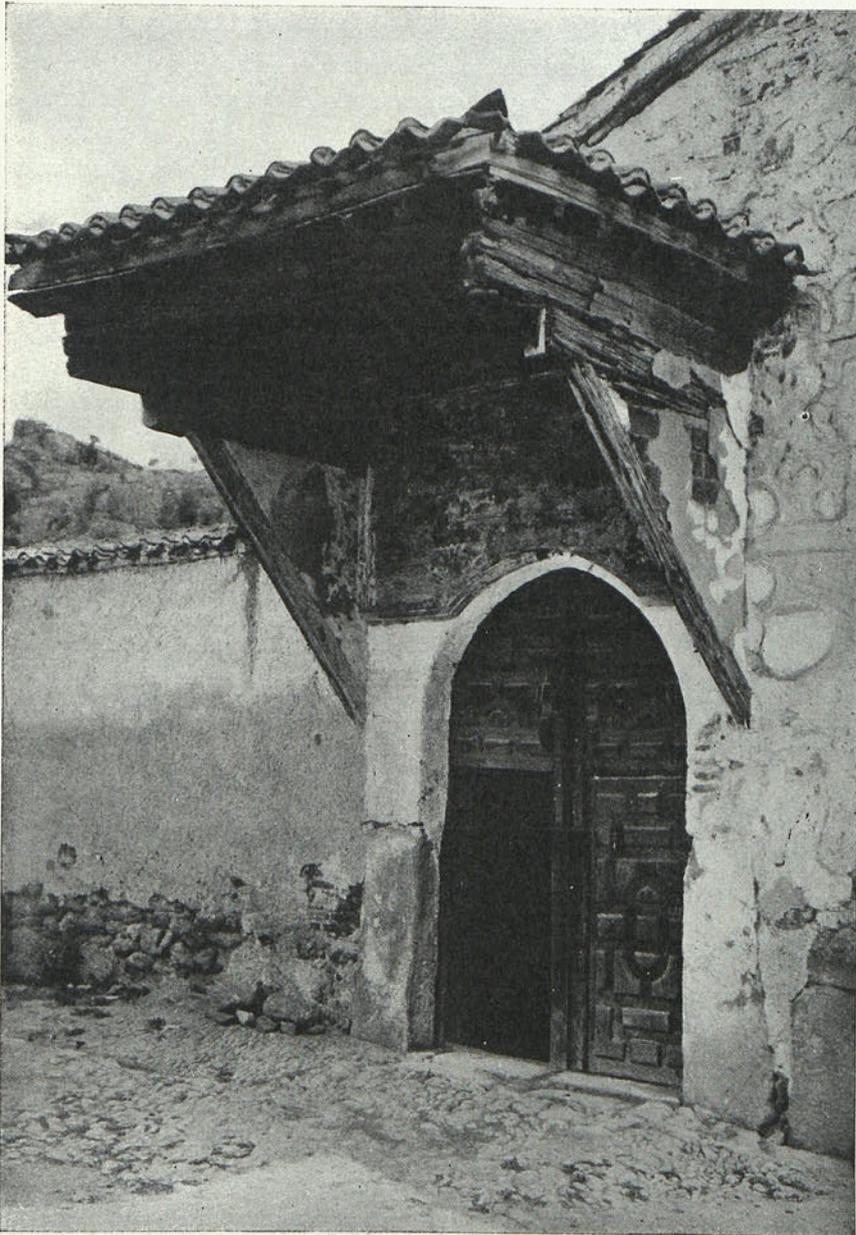
bellísima *marquesina* mudéjar, tan deteriorada, que reproducimos; pasando luego al zaguán y doblando en codo hacia la derecha, dejando enfrente un recinto lóbrego que ha servido de calabozo en los últimos tiempos. No hay que fijarse en la negrura material y moral del trayecto; no vale pensar en lo que debe ser un hospital hoy día. Tampoco cabe pensar en que España andaba entonces peor que el mundo europeo; recuérdese que España levanta el primer manicomio en el mundo, el año 1409, en Valencia, ciento treinta y ocho años antes que el primero construido más allá de los Pirineos, en Bethlam (Inglaterra).

En la puerta del hospital, lo más característico e importante es la *marquesina*, como digo, grande y robusta, desmesurada si se quiere, en relación con el hueco que protege, pero más acogedora por lo mismo. En ella expresa todo el edificio su espíritu de acogimiento. Es justo que tenga esa desproporción. El ademán generoso que dedica al transeunte no puede pecar de excesivo.

Su techo interior es de tracería mudéjar. Y en



BUITRAGO.—PATIO DEL HOSPITAL.



BUITRAGO.—MARQUESINA DE LA ENTRADA AL HOSPITAL.

el espacio que existe entre la misma y el arco apuntado de la puerta quedan restos de una pintura que acusa todavía el tema de la Anunciación.

Delante de esta puerta sencilla y española podrían hacerse varias reflexiones y meditaciones, empezando por ver hasta qué punto lo español ha sido siempre un feliz enlace de lo nórdico y lo tradicional muzárabe, y acabando por decir que en sus proporciones y juego de líneas y masas debería buscar el escolar de hoy los fundamentos de su estilo.

La iglesia da su frente a la plaza y a las ruinas del castillo. Frente limpia de adornos, con puerta gótica sencilla, bastante baja y ancha.

El suelo de la iglesia queda muy por bajo del nivel de la calle, como el altar mayor, al cual se sube por once gradas, revestidas de buenos azulejos.

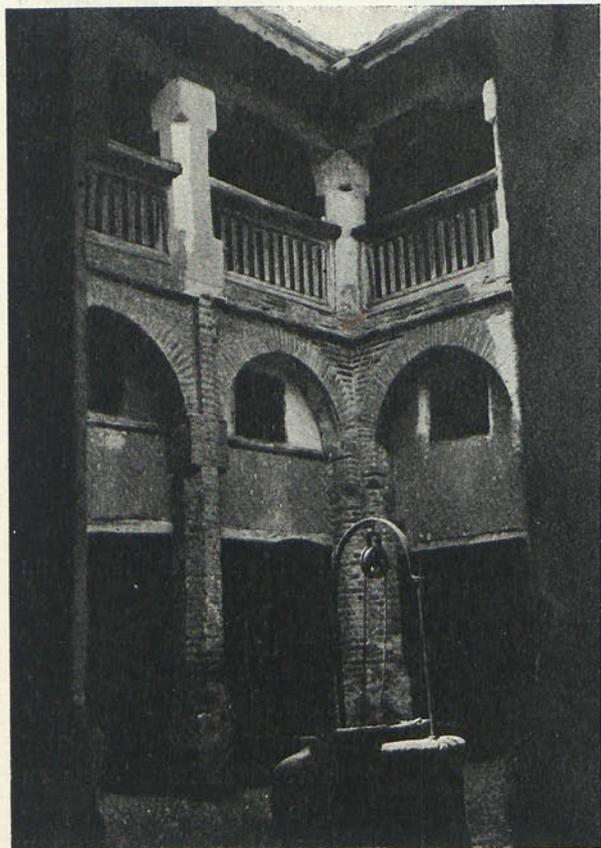
Todo es curioso en esta iglesia, pero en especial la capilla mayor y la nave central. Un hermoso alfarje mudéjar cubre la capilla, y un techo curvo, encamonado, simulando bóveda de medio cañón, la nave. Esta bóveda es de madera pobre, pintada de almazarrón y debe datar de la reforma introducida en el siglo XVI (1), como, probablemente, el maderamen del coro alto.

Las naves laterales son de techumbre plana y sin adornos. Se pasa a ellas, no bajo arcos, sino bajo un larguero enorme, que va de los pies de la iglesia hasta la capilla mayor, que se sustenta, en seco, rígidamente, sobre los pilares octogonales.

Todo lo de albañilería está encalado, incluso el púlpito, contribuyendo al efecto

morisco del total. La riqueza que allí hubiera, se fué; por ejemplo, el retablo magnífico que ocupaba el frente del altar mayor. Lo que queda es pobre: suelo de mazaries, ladrillos revestidos de cal y mala madera. Tal vez quede sobre la falsa bóveda curvilínea de hoy la techumbre plana que debió tener originalmente, respondiendo así a las líneas adinteladas que separan las tres naves.

(1) LAMPÉREZ: *Los Mendoza del siglo xv*, pág. 62.



PATIO DEL HOSPITAL.

Son gráciles de solución los dos altarcillos bajos de las gradas del presbiterio. Ahora bien, ellos deben corresponder también a la reforma indicada antes. Las razones son varias: primera, porque para hacerlos han tenido que violentar las paredes laterales, abriendo un nicho de medio punto y con casetones como los de la bóveda postiza; segunda, porque estos adornos y los escudetes con la cruz familiar que resuelven el ángulo roto, son posteriores al siglo xv, y tercera, porque hoy son once las gradas, habiendo mandado el fundador que fueran cinco.

Al reparar en todo esto, hay que preguntarse dónde quedaba el nivel antiguo de la iglesia. Es muy posible que el primitivo suelo estuviese a la altura del ara de estos pequeños altares añadidos; primeramente, porque, a contar de allí, son cinco las gradas hasta el altar mayor, y luego, porque las dos salientes de cancel que formaban el presbiterio se apoyan justamente sobre esas mesas. No he medido el desnivel que hay entre la calle y el suelo de la iglesia, pero es posible que correspon-

da al que hay entre dichas mesas y el mismo. Probablemente, el reformador quiso agrandar el refugio sagrado excavando el pavimento y levantando la techumbre.

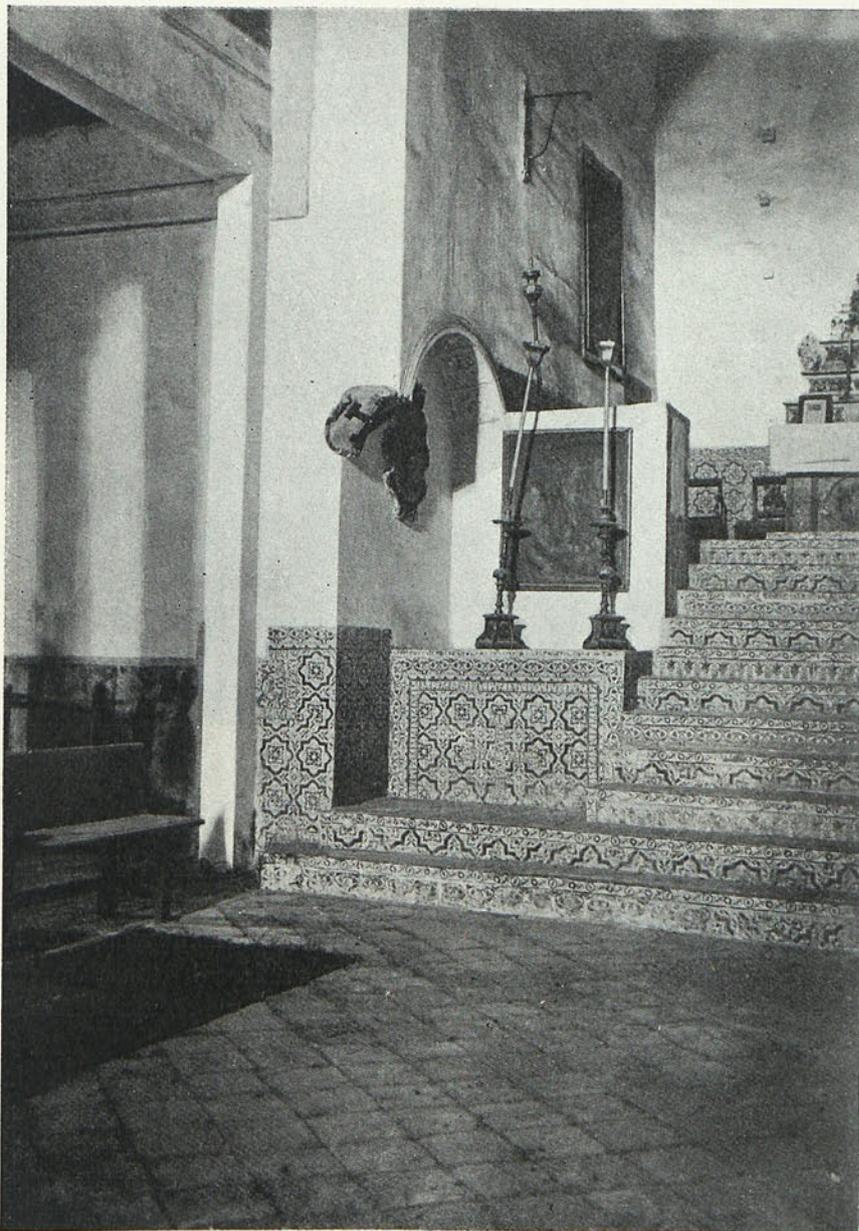
Sólo así se explican las anomalías y extrañezas del conjunto. Porque, no cabe duda, al entrar se nota súbitamente un algo extraño, singularísimo; no se puede equiparar lo que vemos con ninguna otra iglesia. Únicamente las reformas inorgánicas originan este desconcierto. Es preciso reconocer, sin embargo, que en este caso el desconcierto añade sugestión e interés a la obra del señor de Buitrago.

* * *

A un comentario obligan estas páginas arquitectónicas de Buitrago como tantas otras depositadas—no arraigadas—en el suelo de España. Acá y allá, en las cercanías de Madrid o lejos del centro, dondequiera que llegue el auto, la cabalgadura o el pie del hombre, surge un caso arquitectó-



BUITRAGO.—IGLESIA DEL HOSPITAL.



INTERIOR DE LA IGLESIA.

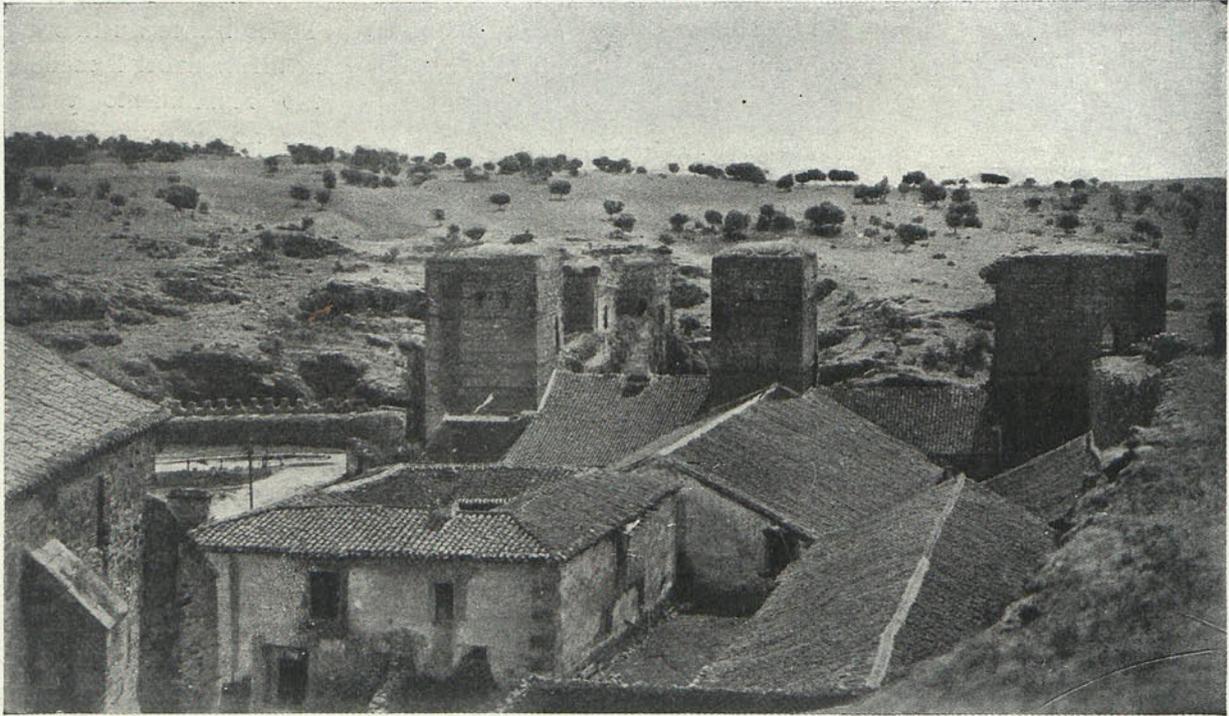
nico, un diente de nuestra historia, eternamente rota. Hay actualmente en los países con historia un evidente desconcierto. No marchan orientados más que los países jóvenes o sin tradición, como Holanda y los Estados Unidos. Alemania y Francia se esfuerzan por alcanzar o entrar en un arte francamente racionalista. España no acaba de salir de su regionalismo. Hace pocos años ocurrió un fenómeno muy significativo: la torre del Palacio de Monterrey se levantó de pronto, surgió de la oscuridad y sus perfiles y adornos se difun-

dieron por casi todo el país. Todos hemos asistido a esta difusión del llamado estilo renacimiento español, que no se contuvo en las fachadas, que inundó las viviendas con sus yeserías y muebles. Este fenómeno indicaba un apetito recóndito de arte español histórico; un deseo de dar con el punto de arranque o de unión para proseguir. Sin embargo, el modo de recoger lo antiguo no fué el mejor. Fué de aceptación, no de asimilación. Se tomaron silueta y motivos ornamentales, pero nada fundamental y de posible desarrollo. De aquí la fatiga que sobrevino.

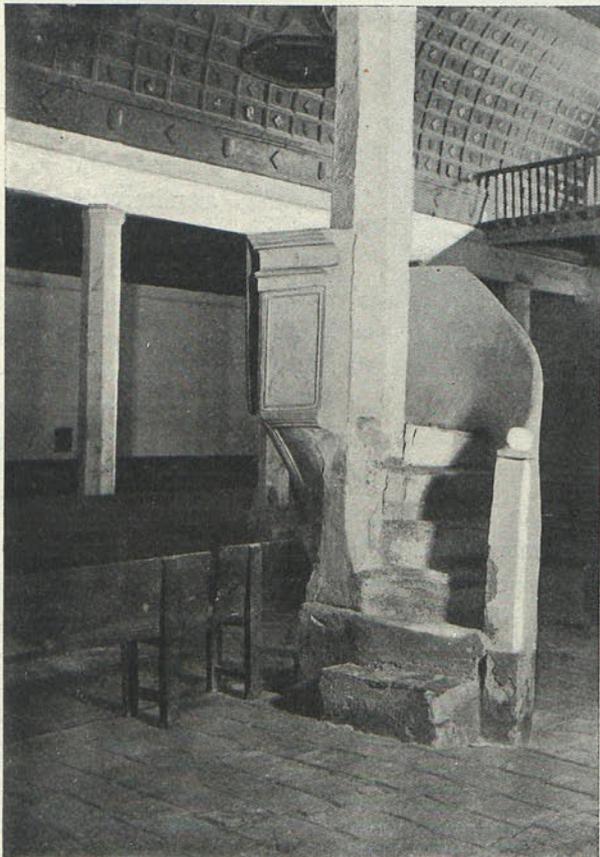
Pues bien, ARQUITECTURA se ha esforzado desde su origen—debido sobre todo al esfuerzo y a los conocimientos del hoy arquitecto de la Alhambra, Don Leopoldo Torres—, por ir revisando y representando la España arquitectónica en sus etapas diversas, y no ha de perder la ocasión que sea de afirmar que hay otros puntos de arranque o de unión. Hay siglos o períodos que nos parecen más llenos de posibilidades que ese del renacimiento, agota-

do ya, a los pocos años. Hoy llamaremos la atención sobre un detalle y mañana sobre otro, sobre las proporciones de una puerta, sobre el material de un edificio, sobre el color de las superficies. Y nos fijaremos, sobre todo, en acentuar o indicar aquellas cosas firmes, claras, limpias y sólidas, lo que no tenga asomo de pacotilla. Porque esto es lo terrible y lo que a toda costa debemos hacer que desaparezca.

El esfuerzo no hay que pedirlo exclusivamente a los arquitectos; es la palabra en la re-



BUITRAGO.—RUINAS DEL CASTILLO.



vista, en la prensa y en la conversación la que ha de modificar o encauzar el gusto de los propietarios hacia la depuración del mismo. Y es la fotografía. Las planas gráficas bastan para los que saben ver; pero hay que ser atentos también con los que no pasan de lectores.

A éstos hay que decirles: La verdad será la que sea, pero desde luego no es la "pletina", ni las aplicaciones de yeso, ni los ringorringos sustitutos de los latiguillos modernistas de 1908. Lo caedizo es antiarquitectónico. Y esto rige para la obra de carpintería también, para muebles como para puertas y ventanas. Queremos una cosa bastante sencilla y racional: que las cosas ajusten bien, cierren bien e inspiren tranquilidad, reposo, bienestar.

J. MORENO VILLA

VISTA DEL PÚLPITO.